

el torrente espumoso entre las breñas, ó me dormiría tranquilo como el lago en su copa de zafiro retratando los árboles y las montañas de las riberas; me iría de rodillas sobre un astro como los ángeles por los espacios infinitos y me bajaría hasta los abismos de las tinieblas eternas, sintiendo así fluir en mi sér la vida de todos los séres, las corrientes misteriosas de toda la creacion, hasta hacerme digno, por haber vivido y amado mucho, del amor, y si no del amor, de la misericordia de Dios.

Sobre todo, el mundo que deseo conocer y en que deseo respirar es ese mundo del sentimiento donde crece la vida. Huérfano ¡ay! desde mis primeros años, si tuve padres, no he sido nunca verdaderamente hijo, porque no he visto en el hogar las sacrosantas sombras de los autores de mis días, ni he recibido sus besos en los labios, sus lágrimas en la frente, su amor en el corazón, sus bendiciones en el alma. Solo, azotado por la tempestad de continuo, faltóme quien moderara los ímpetus de mis pasiones, y recogiera en su seno la primera efusion de mi alma, embelleciéndola y enviándola á las alturas, para que no se confundiese, como se ha confundido ya, con el grosero barro de la tierra. Cuantas veces, cuando una madre recogía á su hijuelo en su regazo, y lo animaba en el calor de su seno, cubriéndolo de besos, y mirándose extática en sus ojos, yo, niño balbuciente todavía, incapaz de sostenerme en mis menudos piés, y ya triste; yo me acercaba en mi abandono á recoger algún desperdicio de aquel cariño, como el ave recoge las migajas y los mendrugos el mendigo. Al abrir mis ojos en la cuna ¡ay! no he visto sobre ella el rostro amante de una madre absorta ni la luz de una mirada amorosa que penetrara hasta lo mas íntimo del sér y me infundiera un alma. Cuantas veces, al buscar inquieto una caricia, encontraba infeliz una repulsa. Cuantas veces ví venir junto á mí, junto á este sér descuidado y solitario, un niño con las manos cargadas de juguetes y de pan con miel, la carita fresca y lavada como una rosa al rocío, la cabellera partida y peinada por pródidas manos; y comparando instintivamente con su ventura mi desgracia, me he echado á llorar, no por envidia del bien ajeno, sino por tristeza del desamparo mio. Los que tuvieron padres no saben cuan amargo es crecer sin ellos en el mundo. Los huérfanos en nuestra desgracia, nos asemejamos á las plantas nacidas entre ruinas, á las ortigas y á la cicuta, pues tenemos la irritacion de aquellas, y de esta el veneno. Recuerdo un día que andaba por el campo, siendo ya mozo, y que un compañero mató con su halcon á gozosa alondra, la cual iba en raudó vuelo á llevar el necesario sustento en su piquillo á cercano nido. El piar de aquellos pajarillos hambrientos que elevaban sus desnudos cuellecitos, y abrian sus bocas, y aleteaban llamando á su madre, me partió el corazón y me hizo verter abundantes lágrimas, porque verdaderamente á la orfandad es preferible la muerte. Ignoro qué es un beso purísimo, qué es una casta y profunda mirada, qué es una tierna sonrisa; á qué sabe un bocado recogido

de pródidos labios, á qué gorgo se parece la primera oracion enseñada por el amor maternal á la inocencia; ignoro todo eso, y al ignorarlo, ignoro y desconozco flores bien bellas de la vida y miel bien aromática y bien dulce, como si hubiera venido con el frío y el desengaño y la desolacion de prematura vejez á este triste mundo.

Así es que, no habiendo gustado una parte de la vida, quisiera gustar otra, á fin de desquitarme con unos sentimientos de la falta de otros igualmente necesarios á nuestro sér y saludables para el alma. Un amor correspondido, un hogar tranquilo, una mujer amada y amante, unos niños que me rodearan y en cuya sonrisa viera el recuerdo de mi amor y la promesa de la perpetuidad de mi vida, habian de traerme delicias que largamente me compensaran de aquella orfandad de los primeros años y me procurasen consigo una madurez de la vida tan solemne y tan bella como hermosa tarde de otoño. Pero, si desconociera esto, la humilde casa, la mujer propia, la familia idolatrada, los goces tranquilos de un amor correspondido, la bienandanza de una vida regular y ordenada, el trabajo por todo recurso, la medianía por natural estado, si desconociera esto, decidme ¿qué habría conocido en el mundo?

Y sin embargo, así como una mala estrella me privó en la cuna de padres, otra mala estrella me privará de hijos en mis mocedades. La suerte implacable me empuja hácia la soledad de un convento. Los hechos, aglomerándose en remolinos y en huracanes, pugnan por estrellarme contra las desnudas piedras de un monasterio donde se hiele mi alma. Como si fuera un cuerpo inerte, la corriente de la vida me arrastra á un claustro, en cuyo frío seno tendré que abandonar los despojos de mi corazón, como despues de la muerte se abandona á la tenebrosa tumba de los despojos del cuerpo. Señor, Señor, aparta de mí este cáliz. Esas almas tiernas, místicas, para las cuales cada hecho de la vida es como una agudísima espina que las taladra, cada combate del mundo como una tormenta en que se ahogan, y cada esfuerzo por el trabajo y por la gloria como un lento suicidio, almas que han venido á este mundo con recuerdos de otro mundo mejor, sin mas pasiones que su exaltacion mística, sin mas deseo que el descanso de la muerte, pueden huir de sus semejantes y como los extáticos serafines, de rodillas perpetuamente sobre un ara, con las manos plegadas y los ojos arrobados, en una atmósfera de incienso; entre los resplandores del santuario, consagrarse á la contemplacion de lo divino y de lo eterno, para convertir todos los rumores y todos los ecos de la tierra en una oracion á los cielos, cuya luz difunde por todo su sér el benéfico calor de una segura y anticipada bienaventuranza.

Pero yo pertenezco á la tierra. Cuando golpeo su seno me parece que brotan manantiales de vida. Yo gusto del mundo. Sus espectáculos me cautivan. Me atraen sus combates como al soldado la guerra. Lejos de des-



contentarme sus desengaños, aguijonean mi actividad. Las pasiones tumultuosas han penetrado en mi sér y henchido mi corazón. La vida hierve en mi sangre y la sangre corre cual plomo derretido por mis venas. Quiero pelear y trabajar, sin perderme en místicas contemplaciones, para las cuales me falta tiempo en esta vida tan breve. Mi voluntad se resiste á anegarse en el claustro. Deseo una casa propia, siquier la combatan las tormentas. Deseo en esa casa una familia que me tenga por su providencia. Quiero comer el pan amasado por las manos de mi esposa. Quiero que me ecite al trabajo el lloro de mis hijos. Necesito dejar á mis espaldas los placeres que han arrastrado mi juventud hasta pervertirla, y abrazar una vida propia de mi alma hasta lograr mi purificacion necesaria. Deseo por último, ya que naciera en Florencia, pagarle con mis servicios de ciudadano el favor inapreciable de la vida, deseo combatir en sus guerras, hablar en sus Asambleas, tener participacion en el nombramiento de sus magistrados, contribuir con mis obras al esplendor de su nombre, luchar con los enemigos que la combatan, y someterle los pueblos rivales para que brille en Italia como brillaba Atenas en la hermosa Grecia. Cuando se tienen todas estas vocaciones y se sienten todos estos instintos y se acarician todos estos sentimientos y se conciben todas estas ideas, no hay mas medio que vivir con toda la vida, con la vida del hombre, con la vida del esposo, con la vida del padre, con la vida del artista, con la vida del ciudadano, sin que pueda uno reducirse y someterse á mísero convento, donde estará como el águila en estrecha jaula, rompiendo las poderosas alas en los duros hierros y abrasándose de envidia y de despecho.

En verdad el ministerio del sacerdote es un ministerio sublime. Desligado de un mundo; al cual tantos lazos nos unen; sin mas amor que la caridad y sin mas familia que los desgraciados y los débiles; bendiciendo los placeres mas gratos á la vida para no participar de ninguno, y gustando de todos los dolores; obligado á ver de continuo esas tristes enfermedades morales que aquejan á la conciencia y corregirlas con su palabra y con su ejemplo; enfermero, y junto al lecho del dolor, último médico posible, y por lo mismo á la cabecera del moribundo y en los patíbulos del reo; cuando todos abandonan nuestro cadáver á la tierra y nuestra memoria á devorador olvido, postrase él sobre nuestros despojos, sobre la tierra removida de nuestra sepultura, y nos consagra sus oraciones y sus lágrimas, mediando entre las culpas de nuestra alma recién salida de tantos combates y el tribunal de Dios armado de su implacable justicia.

El convento mismo guarda consuelos verdaderos para quien de veras los necesita. Aquellos largos claustros, al través de cuyas rasgadas ventanas se descubre el ciprés unido con el mirto, la cruz de piedra festoneada por la zarza-rosa, las tumbas cubiertas de azucenas, despiertan grandes emociones y convidan á la meditacion y á la plegaria. El sonido de la campana en las

altas horas de la noche, que habla cuando todos callan, y os despierta cuando todos duermen, y os obliga á piadosos ejercicios cuando todos reposan, tiene tan melancólicos acentos y tan sublimes prestigios, que aviva ideas religiosas en el alma, y prepara diariamente el débil cuerpo á su transformacion necesaria en la eternidad. Luego el estudio en la solitaria celda, el apartamiento de los mundanos intereses, la consagracion plena á las cosas eternas hacen de la vida, espiritualizándola y esparciéndola en los espacios inmensos, como una mística nube de incienso. Cuántos heridos en los combates del mundo, náufragos de sus tormentas, víctimas de sus desengaños, que no ven al través de las lágrimas espesas ni un pedazo de cielo, ni un rayo de luz, hundiríanse tristemente en el suicidio, como la piedra en el mar, si no tuvieran ese triste escollo á que agarrarse y desde cuyas áridas alturas pedir á Dios, aguardándolo de su misericordia, el beso de la muerte.

Pero necesita, como todo gran ministerio, una verdadera vocacion. Los dones del alma están de tal suerte repartidos, que junto á cada mérito hay una falta y junto á cada virtud una flaqueza. Las aptitudes humanas no se reunirán jamás en una sola persona. Será precisamente el guerrero brusco y un tanto insensible, el poeta delicado y tierno, el médico materialista, el sacerdote místico, el político desconfiado, el comerciante interesadísimo, el juez duro, el artista cambiante y abierto á todas las emociones, porque de esta variedad de cualidades resulta la unidad del espíritu, como de la variedad de los seres tambien resulta la fundamental unidad de la naturaleza. Yo declaro en tu presencia, Dios mio, que no tengo ninguna vocacion al claustro. No me empujes con los aguijones del hambre á su seno. He pasado allí mi infancia y lo detesto. Un vivo encerrado en el sepulcro de un muerto, concluye mordiendo sus propias carnes y renegando de quien le trajo á la existencia. Pues mi exhuberante vida se pierde y se corrompe en aquel triste asilo de la muerte. La celda me parece una tumba donde estoy enterrado vivo. Los pasos de mis hermanos en los pavimentos, el asalto de odiosos enemigos. El sueño, que debía fortalecerme, devora con sus pesadillas mi alma, como los gusanos devoran los cadáveres. La campana, que me despierta, produce en mí el escalofrío de la trompeta del juicio. Lejos de murmurar rezos, murmuro maldiciones. En los altares no descubro las imágenes sacras que me piden una oracion, sino los reflejos y los trazos de mis cuadros. En la nota del órgano que acompaña al coro, no oigo la cadencia melodiosa elevándome á Dios, sino las confusas vibraciones de mis jácaras y mis serenatas. Excitado por el ardor de mi cerebro, creo ver sobre las piedras de las tumbas, por el ara de los altares, al melancólico rayo de las lámparas, levantarse los dioses antiguos é interrumpir los salmos de la penitencia con los cánticos de la naturaleza. Y despues mi sangre que hierve, mis ojos enardecidos por una fiebre interior, mi corazón que me salta del pecho, entre las espesas paredes y las duras con-



